



EL LADO OSCURO (LA ORACIÓN, III)

Juan F. Muela

I. INTRODUCCIÓN

Tema transversal donde los haya porque lo expresa todo, la oración sintetiza el todo o la nada de nuestra verdadera relación con Dios. Recordemos las palabras de Philip Yancey que nos servían para situar esta serie de cinco reflexiones:

“La mayoría de los conflictos que tengo en mi experiencia como cristiano giran alrededor de los dos mismos temas: Por qué no actúa Dios de la manera que yo quisiera que lo hiciese y por qué no actúo yo de la manera que Dios quiere que lo haga. Pues bien, la oración es justo el punto preciso donde esos dos temas convergen, se fusionan, se enfrentan y estallan con toda su fuerza”.

En esta tercera entrega abordaremos lo que he llamado “el lado oscuro de la oración”. Y vamos a entrar al trapo, sin más preámbulos, a través de una oración muy conocida y densa de contenido.

II. DESARROLLO. cuatro actitudes que autentifican la oración

SALMO 139

1 *Yahvé, tú me has examinado y conocido.*

2 *Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme.*

Has entendido desde lejos mis pensamientos.

3 *Has escudriñado mi andar y mi reposo,
y todos mis caminos te son conocidos,*

4 *pues aún no está la palabra en mi lengua
y ya tú, Yahvé, la sabes toda.*

5 *Detrás y delante me rodeaste,
y sobre mí pusiste tu mano.*

6 *Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí;
¡alto es, no lo puedo comprender!*

7 *¿A dónde me iré de tu espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?*

8 *Si subiera a los cielos, allí estás tú;
y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás.*

9 *Si tomara las alas del alba
y habitara en el extremo del mar,*

10 *aun allí me guiará tu mano
y me asirá tu diestra.*

11 *Si dijera: «Ciertamente las tinieblas me encubrirán»,
aun la noche resplandecerá alrededor de mí.*

12 *Aun las tinieblas no encubren de ti,
y la noche resplandece como el día;
¡lo mismo te son las tinieblas que la luz!*

13 *Tú formaste mis entrañas;
me hiciste en el vientre de mi madre.*

14 *Te alabaré, porque formidables y maravillosas son tus
obras; estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien.*

15 *No fue encubierto de ti mi cuerpo,
aunque en oculto fui formado
y entretejido en lo más profundo de la tierra.*

16 *Mi embrión vieron tus ojos,
y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
que fueron luego formadas,
sin faltar ni una de ellas.*

17 *¡Cuán preciosos, Dios, me son tus pensamientos!
¡Cuán grande es la suma de ellos!*

18 *Si los enumero, se multiplican más que la arena.
Yo despierto y aún estoy contigo.*

19 *De cierto, Dios, harás morir al impío.
¡Apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios!*

20 *Blasfemias dicen ellos contra tí;
tus enemigos toman en vano tu nombre.*

21 *¿No odio, Jehová, a los que te aborrecen,
y me enardezco contra tus enemigos?*

22 *Los aborrezco por completo,
los tengo por enemigos.*

23 *Examíname, Dios, y conoce mi corazón;
pruébame y conoce mis pensamientos.*

24 *Ve si hay en mí camino de perversidad
y guíame en el camino eterno.*

Necesitaríamos meses para sacarle algo de jugo a este salmo, pero vamos a conformarnos con mucho menos. Vamos a ver cuatro actitudes que autentifican la oración y despejan las tinieblas que a menudo oscurecen nuestra vida de oración. Comprender esto nos ahorrará muchas frustraciones y prejuicios, mucha confusión y, por qué no decirlo, mucho dolor.

1. Una actitud de asombro, gratitud y alabanza (vv. 1-18)

1 *Yahvé, tú me has examinado y conocido.*

2 *Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme.
Has entendido desde lejos mis pensamientos.*

3 *Has escudriñado mi andar y mi reposo,
y todos mis caminos te son conocidos,*

4 *pues aún no está la palabra en mi lengua
y ya tú, Yahvé, la sabes toda...*

Esa parte ocupa la mayor porción del salmo. Una vez establecido quién es quién, surge la actitud de maravilla y asombro por ser quien es el que nos escucha. El hecho de que eso pase ya es asombroso, y no queda sino expresar gratitud porque esa mano todopoderosa sea, sin intermediarios, la que nos acoge y refugia.

¿Cuál es nuestra actitud primaria al orar? ¿Gratitud, asombro, consuelo?

¿Cuál es nuestra actitud primaria al orar? ¿Gratitud, asombro, consuelo? ¿Nos despertamos cada mañana o nos acostamos cada noche preocupados por la hipoteca, o sorprendidos porque Dios nos ama y sigue teniéndonos en su memoria amorosa desde hoy y para siempre? ¿Qué don, qué petición

puede igualarse a eso? ¿O acaso se nos mezclan ambas cosas en una extraña especie de esquizofrenia existencial que nos agobia más que nos ayuda?

En esta alabanza se hace mucho énfasis en que Dios nos conoce, pero su conocimiento quiere ir mucho más allá –como espero veamos hoy– de lo inevitable, al ser Él Dios y nosotros sus criaturas. Dice C. S. Lewis:

“Dios nos conoce por completo, como a los gusanos, la col o las galaxias. Somos objetos del conocimiento divino nos guste o no. Pero aunque este conocimiento nunca varía, la calidad de nuestro ser conocidos sí puede variar. Porque podemos estar de acuerdo con toda nuestra voluntad en ser conocidos, en ofrecernos nosotros mismos invitando a Dios a nuestras vidas y aceptar su invitación a la vida de Él. Y cuando hacemos eso poniéndonos nosotros mismos en un equilibrio personal con Dios, por así decirlo, las relaciones se vuelven cálidas y un potencial para una amistad extraordinaria cobra vida. Porque Dios es una Persona también y aunque es una persona muy diferente a nosotros mismos es alguien que con toda certeza satisface más condiciones de las que la palabra implica, nunca menos.”

No es lo mismo el Salmo cuando comienza diciendo “Tú me conoces”, y cuando acaba diciendo “Conóceme Señor”. Y eso da sentido y cimiento a toda la alabanza que ocupa su mayor parte. Porque la oración, aún la más descarnada, tiene su fundamento en que Dios, de quien decimos que es Persona, de quien decimos que es Amor, al crear a los seres humanos quería a alguien a quien amar y al mismo tiempo a alguien capaz de devolver ese amor, sin que le importara cuán débil e imperfectamente pudiera hacerlo. Deseaba su compañía. Para siempre. Relacionarse con él como un Padre, como un amigo. Para siempre. Y ese Dios que ama desea una relación de amistad profunda y real.

Una antigua definición de oración era simplemente: “Estar en compañía de Dios”. Nada más y nada menos. Y eso nos lleva al siguiente punto. Porque una amistad profunda y verdadera no rehuye ningún tema, no oculta ningún inconveniente, cancela las inhibiciones y busca la luz y no refugios oscuros donde archivar agravios sin resolver.

Precisamente los Salmos expresan todos los niveles de amistad con Dios quien, de alguna manera, es como nosotros; y de otras maneras, no lo es. En los Salmos aparece la trivialidad, la profundidad, el enfado, la alabanza, la iluminación espiritual, la necesidad, la brutalidad humana. En palabras de Yancey, a menudo, la

relación con Dios –como en otras partes de la Biblia– se expresa con una devastadora honestidad.

2. Segunda actitud: Una actitud sincera, aunque sea políticamente incorrecta (vv. 19-22)

19 *De cierto, Dios, harás morir al impío.*

¡Apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios!

20 *Blasfemias dicen ellos contra ti;*

tus enemigos toman en vano tu nombre.

21 *¿No odio, Jehová, a los que te aborrecen,*

y me enardezco contra tus enemigos?

22 *Los aborrezco por completo,*

los tengo por enemigos.

En este salmo tenemos un ejemplo de oración políticamente incorrecta. Sus palabras nos escandalizan; hay salmos todavía más escandalosos, pero algunas de las palabras de éste bastan para incomodarnos. ¡Vaya barbaridades que dice! ¿Cómo puede decir estas cosas un creyente? Sencillamente porque es un ser humano y no Dios, ni siquiera un dios con minúsculas. ¿Cómo se atreve a dirigirse en ese tono desafiante y a la vez “pelotero” a Dios para pedir esas cosas? Pues, porque, a pesar de sus defectos, le tiene confianza. Y esa confianza llega hasta el extremo de equivocarse en sus apreciaciones y sentimientos.

La comunicación que no es honesta, a veces brutalmente honesta, es intoxicación, es desinformación

Porque cuando se habla con un amigo, uno no se preocupa de que le juzguen, uno puede exorcizar sus demonios y soltar algún exabrupto o barbaridad. No porque tenga razón, ni siquiera para que se la den; sólo para desahogarse y que alguien le escuche y le comprenda. En determinadas circunstancias, la única oración posible es una blasfemia, y eso puede ser el principio de la restauración.

Hay muchos ejemplos más de “oraciones incorrectas”. La Biblia está llena de ellas. De hecho, son mayoría; la oración, o es diálogo sincero, o no es nada más que una farsa “beata”. Por eso no nos sirven los rezos piadosos estereotipados. La comunicación que no es honesta, a veces brutalmente honesta, es intoxicación, es desinformación. Es asombroso ver la cantidad de oraciones coléricas, quejumbro-

sas, quisquillosas, amargas, explosivas, irreverentes que hay en la Biblia... O sea, oraciones humanas, demasiado humanas, profundamente humanas. Por eso son tan auténticas.

Los Salmos son así de francos y descarnados por una razón obvia, porque son auténticos, porque la vida real es así y los salmos pretenden hablar de toda la vida, no sólo de una parte de ella más santa o respetable.

Por eso dice Yancey:

“Una iglesia que se refugia en oraciones respetables o cantos felices ante la cruda realidad se distancia mucho de lo que la misma Biblia hace, porque si la Biblia nos enseña algo es a orar cuando es preciso con una devastadora honestidad”.

Jesús casi nunca oró por sí mismo. Quizá las únicas veces que lo hizo fue con unas oraciones tan desconcertantes y políticamente incorrectas que aún hoy nos incomodan y conmocionan. Y también, dicho sea de paso, nos avalan la garantía de su real, profunda y doliente humanidad: ante la tumba de Lázaro –una oración con llanto–; en Getsemaní – “Padre, si es posible pase de mí esta copa” –; por supuesto, en la cruz – “Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado?” –. De ellas especialmente se desprende que ni siquiera para Jesús la oración fue una cuestión sencilla. Después de todo la oración más larga que pronunció, al menos recogida en los Evangelios, Juan 16 se centra en la petición de unidad de sus seguidores: “Que todos sean uno como Tú y yo somos uno”. La más ligera familiaridad con la Historia de la Iglesia nos demuestra qué lejos quedó esa oración de ser contestada... hasta el día de hoy.

Pasado esto, debemos llegar a un punto especialmente inquietante. Nos podemos preguntar: ¿es Dios real o hablo conmigo mismo? Pero pocas veces analizamos a fondo y meditamos sobre si es el yo real el que se dirige a Dios, o una de nuestras, a menudo inconscientes, máscaras.

“En verdad [afirma Yancey], lo que pienso y siento cuando oro antes que las palabras que pronuncio seguramente sea la oración real porque Dios oye eso también. Mi mismo pensamiento [como hemos leído en el v. 4] ocurre en presencia de Dios.”

Pensemos en ello. Es muy importante. Mucho más de lo que podamos creer. ¿Es nuestra oración un encuentro con el Dios real de nuestro yo real? Porque, como dijera C. S. Lewis,

“Dios, más que cualquier otra cosa quiere tu yo auténtico. Debemos poner delante de Él lo que realmente está en nosotros, no lo que debería estar en nosotros.”

Esa sinceridad puede llegar hasta el extremo de incluir la necesidad de perdonar a Dios. No es algo tan raro. Amigos con cuentas pendientes que no se saldan, amigos que en el fondo no se perdonan, no pueden mantener su amistad en la luz; al final, todo se corrompe y se revela como hipocresía. No podemos permitirnos ese lujo ante Dios, ante el Dios que ama la sinceridad, la honestidad y la transparencia. No podemos cometer el error de estar ante Dios sin sacar todo lo que llevamos dentro.

No podemos cometer el error de estar ante Dios sin sacar todo lo que llevamos dentro

De las oraciones de la Biblia aprendo que Dios quiere mantener una relación limpia y auténtica con nosotros. Si yo voy por la vida ante Dios pretendiendo sonreír mientras por dentro sangro, deshonro mi relación con Él. No le trato como a un amigo, sino como a un conocido distante. Valga el siguiente cuento hasídico:

Un hombre vino al rabino Dovid Din de Jerusalén quejándose de tener una crisis de fe en Dios. Cualquier respuesta a sus cuestiones que le planteaba el rabino era descartada por el hombre. Así que Reb Din decidió escucharle desgañitándose durante horas y al final le dijo: ¿Por qué estás tan furioso con Dios? La pregunta dejó al hombre estupefacto, pues en ningún momento se había referido a Dios de un modo personal, sino salvo como una idea o concepto. Se quedó muy callado, miró al rabino y le dijo: "Toda mi vida he tenido tanto miedo de expresar mi cólera contra Dios que siempre he dirigido mi furia contra otros, pero hasta hoy no lo había comprendido."

Así que Dovid Din se puso de pie y le dijo que lo siguiera. Lo llevó al Muro de las Lamentaciones y le dijo que era ya tiempo de que expresara, verbalizara, toda su cólera contra Dios. Entonces, por más de una hora el hombre golpeó la pared del muro con sus manos y puños mientras gritaba todo lo que tenía en su corazón. Después de eso empezó a llorar sin poder dejar de hacerlo hasta que poco a poco sus gritos se volvieron gemidos que se convirtieron en oraciones. Otro rabino que pasaba le preguntó a Reb Din qué extrañas cosas hacía aquel hombre ante el Muro y Reb Din le contestó: "Después de muchos años, por fin está haciendo las paces con Dios".

1 Corintios 13 nos habla del amor. Del amor de Dios. Del amor entre hermanos y entre cónyuges. Pero, ¿por qué no le concedemos a Dios esos mismo beneficios? ¿Por qué no lo usamos para medir nuestro amor hacia Dios?

"El amor es sufrido, es benigno, no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia, sino de la verdad. Todo lo sufre. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta." (1 Corintios 13:4-7)

¿Es nuestro amor hacia Dios así de incondicional y auténtico? Eso nos lleva a la tercera consecuencia. Debemos estar ante Dios con...

3. Una actitud de consentimiento y apertura (vv. 23-24a)

23 Examíname, Dios, y conoce mi corazón;
pruébame y conoce mis pensamientos.

24a Ve si hay en mí camino de perversidad

Según P. Yancey,

“La oración significa cooperación con Dios. Un consentimiento que abre el camino para que la gracia obre, porque el objetivo de Dios desde siempre es que su Reino avance mediante la gracia y la libertad.”

Debemos aprender a ver la oración, no como nuestra manera de establecer la presencia de Dios, sino más bien como nuestra manera de responder a Su presencia

Sí, a menudo nos preocupamos demasiado por si percibimos la presencia de Dios pensando muy poco en la forma en que Dios percibe nuestra presencia ante Él. Debemos aprender a ver la oración, no como nuestra manera de establecer la presencia de Dios, sino más bien como nuestra manera de responder a Su presencia, que es un hecho –ya sea que la detecte yo o no–. Porque mis sentimientos o percepciones de la presencia de Dios –o de su ausencia– no constituyen en absoluto ni su presencia, ni su ausencia.

Comentando este salmo dice C. S. Lewis:

“Cuando nos percatamos del hecho y consentimos con toda nuestra voluntad en ser conocidos de ese modo, entonces nos tratamos a nosotros mismos, en relación con Dios no como cosas sino como personas [...] Quitándonos el velo, confesando nuestros pecados y dando a conocer nuestras peticiones y súplicas, adoptamos el elevado rango de personas delante de Él. Y Él, descendiendo, se hace persona para nosotros.”

En la fase de mayor madurez de la oración es mi yo desnudo el que comparece ante Dios, habla, dialoga y hasta discute con Él. Como dos amigos auténticos, íntimos, que se aman por encima de cualquier condición o circunstancia. Y por último, claro, llegamos a la conclusión lógica:

4. Una actitud de arrepentimiento (24b)

24b *y guíame en el camino eterno.*



Cuando permito ser examinado por Dios me predispongo a cambiar mi actitud, mi conducta, la orientación real de mi vida y de mi espíritu. Orar es decir "aquí estoy, Señor: Examíname y reorientame en la dirección correcta".

Con los años es más difícil tener el valor de decidir dar un giro a nuestras vidas. Nos hacemos más obcecados, más resistentes, más indiferentes. Nos fosilizamos e inmovilizamos. Nos tornamos cómodos, más cobardes y, a menudo, más "malas personas", más cínicos y endurecidos. En suma, más necios e infelices. Por eso tenemos tanta necesidad de decirle a nuestro Padre y Amigo Dios: "Si algo en mí se ha torcido y me oriento más a la

oscuridad que a la luz, reorientame, guíame en el Camino Eterno que es el Tuyo, no el mío". Eso es más importante que cualquier otra cosa que te pueda pedir o decir.

III. CONCLUSIÓN

Para Yancey,

"La oración es un acto subversivo realizado en un mundo que de forma constante pone la fe en tela de juicio y que cuando se realiza con actitud honesta y abierta convierte esa fe en un tesoro de sabiduría, misericordia, y santidad."

La oración alimenta la fe, aunque a veces parezca cuestionarla; porque la relación continuada con Dios y que profundiza en su amistad la depura de prejuicios, banalidades e hipocresías. Y es que el principal propósito de la oración no es hacer la vida más fácil, ni adquirir poderes mágicos, sino conocer a Dios, acercarnos a Él para amarle más y más auténticamente. Porque necesito a Dios infinitamente más que cualquier otra cosa que pueda conseguir de Él. Hasta que no hayamos entendido esto, todo será vanidad y correr tras el viento.

Si tuviéramos que responder a la pregunta "¿Por qué orar?", una sola frase debería valernos: Porque Jesús lo hizo. Y no lo hizo de cualquier manera. Jesús, prácticamente, dio una vuelta de tuerca, por encima incluso de los Salmos al dirigirse a Dios como Abbá –padre en diminutivo– y dotarla de un carácter definitivo y definitivo.

Quedan aún muchas preguntas, muchas cuestiones que abordar. En ello seguiremos más adelante.

Juan F. Muela

Comunidad Cristiana Evangélica de Bilbao

<http://www.iglesiasantutxu.org>